



El pintor Gimeno



La personalidad del hombre-artista se mueve en el límite de dos mundos: el espiritual de su arte y el material que imponen las necesidades del vivir. Si el artista toma el beneficio económico como meta única, su obra se anodina y rebaja, falta de estímulos superiores; mas si el hombre olvida el mundo de la materia, se resiente su salud psíquica y produce, en el mejor de los casos, esos artistas desiguales, con obras geniales y deseciosos profundos.

La vida de nuestro pintor Francisco Gimeno puede ofrecer a los pintores jóvenes una lección viva acerca de lo afirmado.

Nació en 4 de febrero de 1855, ingresó a los 14 años en los talleres de pintura decorativa del señor Manuel Illarqué, padre del pintor Just María. Hecho ya su servicio mili-

el mismo año se trasladó a Madrid. Trabajó en la corte con el maestro de paisajistas españoles D. Carlos Haes. El profesor apreció el valor del alumno en tanto, que como Gimeno hubiera dicho, cierta vez, saliendo del Prado: «¡Retíelo pintar, maestro!», respondió el caballero belga: «¡Pinto, hombre, pinto! Los que acabas de ver son hermanas tuyas. Tienen la misma sangre».

Viene confirmado tal aprecio con otro hecho. El rey de Portugal, Carlos I, hombre muy culto y notable pintor, encargó a Haes dos paisajes, con la condición de que fueran pintados por uno de sus mejores discípulos. El maestro belga no vaciló en encargárselos a nuestro Gimeno. El regio condecoró hizo grandes elogios de los dos obras, colocándolas en lugar preferente de su colección palatina.

Se desconoce el motivo que le hizo abandonar Madrid en franco camino hacia el éxito. Después de breve estancia en Llaná, llegó a Barcelona, donde rechazó ofertas de protección y prefirió entrar como oficial en la

casa Ferrer, pintor de paneles. Los alrededores de Barcelona le vieron aprovechar todas sus momentos libres en coloquios artísticos con la naturaleza. Por la noche solía pintar sus cuadros de figura. Son, tal vez, estos años de equilibrio, los de sus mejores obras.

Mas, pronto la incompenstión ajena le encerró en un aislamiento dramático. Algún tiempo después, Madrid le rechazó las obras enviadas a la Exposición Nacional de Bellas Artes. Estos cuadros eran «La niña y su compañero» y «Niña y niño». Refiriéndose al primero, decía C. Caspary en 1927: «En medio de una atmósfera rara (se refiere a finales de siglo), Francisco Gimeno, pintor de brocha gorda, producía esta tela enorme, esta obra que parece dictada por un Tordouens adusto y parida en el corazón de la Holanda de la gran época». Este fracaso, debido a la incompenstión, hizo que el, hasta entonces, gran pintor, regular en su camino hacia la perfección, se convirtiera en un artista de tipo genial, con todas las quiebras y todas las aciertos plenos del genialismo pictórico.

Lejanos ya la época vanguardista de sus primeros tiempos, su pintura de Madrid, de ex-

presión pura, y la gran época del último decenio del siglo, llena de inspiración y progreso, con sus figuras de canon velazqueño plenamente asimilado, quedan ahora los años negros, llenos de indigencia y ahogos. Nuestro Gimeno pinta para sí mismo y vive exclusivamente para su arte, que contempla como elevada sobre las miserias del hombre.

A veces, la densa oscuridad que envolvía al pintor fué rota por la mano de algún quijote reparador de injusticias. Tal la exposición de sus obras organizada por el señor Dalmau en su galería; exposición que tuvo un excelente éxito de crítica grande, pero en clara muchas cosas sobre Gimeno e hizo sonar su nombre entre el gran público. En el mundillo artístico barcelonés nunca fué desconocido.

Su vida se cierra en el otoño de 1927 con aquellas conocidas palabras: «Quin fred més negre!».

Tortosa, madre de artistas, poca cosa lleva hecha en memoria de Gimeno. Esperamos de la hidalguía de una ciudad que siempre se mostró agradecida a sus hijos preclaros, no tarde el día en que nuestro pintor reciba su dedicado homenaje.

J. González Eiro



A continuación se insertan dos reproducciones de este gran artista tortosino